

TITULO “VIDA PRESTADA”

SEUDÓNIMO “AMBAR”

## VIDA PRESTADA

No había penumbra. Los ventanales con las cortinas corridas, dejaban entrar la luz en la sala.

Escuché su voz, delicada, susurrante:

— ¿Seguimos la historia?

Ya me había contado casi todo. Había escuchado sus suspiros, sus silencios, ese entrecortar la voz para reponerse. Fuerte en su debilidad por los años, relataba lo vivido con una sonrisa. Sólo la borraba, si el recuerdo apretaba al corazón con dolor.

Perdió su nombre cuando, cruzó el Atlántico y se quedó en la Argentina. Para todos era La Murciana.

Se llamaba Teresa y había nacido en Lorca. En su adolescencia, una epidemia devastó su pueblo y se llevó padre, madre y hermanos. Llegó así a casa de su tía, que ya tenía un ramillete de cinco hijos, pequeños y traviosos. A partir de entonces, fue madre de hijos no paridos.

La situación económica no era buena en ese hogar humilde y lleno de juventud y esperanza. Teresa ponía a los niños alrededor de la mesa rústica para que aprendieran cómo se amasaba el pan. Daba unos buenos golpes al bollo y luego apoyaba todas las fuerzas de sus jóvenes brazos, mientras contenía algún sollozo. Ella creía que era mejor no amasar tanto, para lograr buenos ojos en la hogaza y se los decía a los niños mientras cantaba con un dejo flamenco.

Los abrazaba fuerte para evitar que vieran su desolación y los niños reían con gritos y saltos, mientras esperaban que leudara el pan.

Teresa bordaba canesús en punto nido de abeja para los vestidos de las niñas y alforzas en las camisas de los niños. Cada tanto soplabla su nariz, roja en su cara de cera. El vestuario sencillo debía engalanarse para ir a las Celebraciones de Semana Santa o la Fiesta de Moros y Cristianos. Había motivos para compartir alegría, que por sangre, lugar y herencia tenían.

La Murciana guardaba esas fiestas en su memoria, como uno de los grandes regalos que tuvo, al pertenecer a esa tierra tan querida y extrañada.

Entre sus recuerdos, resaltaban los balcones con sus distintivos de pasos blancos y pasos azules y la complicación que ocasionaba si en una misma familia y un solo balcón, se colocaban los dos pasos. Ya quedaría motivo para la reyerta durante el resto del año. También su íntimo deseo de tener dinero, para concretar negocio con el propietario del ventanal y del cartel de “Se alquila balcón”. Sería su forma de dar gracias a la familia que la cobijaba. Pero su trabajo no tenía retribución. Los bolsillos no tintineaban.

“En el Campamento Medieval, antes de la Romería a la Patrona de la ciudad, Virgen de la Fuensanta, —decía— los grupos armaban los pasacalles para esperar la entrada de los capitanes, primero Cristianos con el bando del Infante Alfonso de Castilla y luego el bando opuesto del Rey Moro Aben Hud de Murcia”.

Describía los atuendos, los caballos enjaezados, el espectáculo de calidad impactante y la atmósfera de festejo, admiración y participación de toda su estructura social.

Se demoraba en aportar:

—Aún hoy las calles se visten de fiesta. Se adornan, se acompañan, se participa—decía.

Y demostrando su inteligencia y lucidez agregaba:

—Una antigua batalla sirve de excusa. Se compite en imaginación y sorpresa. Se retrocede en el tiempo y se abraza el pasado. Detrás de ese gran espectáculo hay una tradición de siglos. Es una gran celebración colectiva, invariable en su espíritu original.

Descrito con lujo de detalles, La Murciana sembraba en mí, como en todos los que le escuchaban, esa esperanza de algún día estar allí y sentir bajo la piel, sangre roja y amarilla transportándose en el tiempo.

La economía de su hogar de crianza se puso muy complicada y mientras los niños crecían, el matrimonio tomó la decisión de emigrar; así partió tío, tía, niños, adolescentes y niñera confidente para Argentina. Toda la vida anterior y presente casi prestada, llevaba Teresa en un baúl grande de madera, más que por peso propio, por lo que tenía en su interior.

Veinte días en medio del Atlántico, sirvieron para que Teresa tuviese, además de los suyos, una niña medio abandonada de sus hermanos y que se prendía fuertemente a sus piernas. Tenía un notable retraso mental, el pelo enmarañado y la falta del dedo pulgar. En su reemplazo, se chupaba un dedo sustituto hecho de cuero. Estaba bien sujeto a la mano de confección amorosa y casera. Para entretenerlos a todos, Teresa les contaba historias reales o inventadas, las comidas y su preparación, de cómo al papayote le dejaba las mejores hojas de limonero y de cómo al hojaldre del pastel de carne, le ponía pimentón y más vueltas que nadie en el pueblo, antes de hornearlo. Que a su mojete le ponía bacalao en vez de atún. Que cuando había habas, y aún quedaba un hueso de jamón, no había otro plato más exquisito que los michirones en cazuela de barro.

En ese viaje, los demoraron el puerto. Subió la seguridad portuaria y revisó todo el barco y las pertenencias. Faltaba la niña discapacitada. Los hermanos, bostezando, mal dormidos y preocupados, dijeron que la habían estado buscando por el barco, en el

último tramo del viaje hasta llegar a destino, pero no aparecía. No lo decían, pero miraban de reojo a una señora elegante con collar de perlas, a cuyo camarote solía ir la cría. Lloraron un poco y dijeron que quizá se había caído por la borda. Después de gran demora y con una gran conmoción entre los pasajeros, los dejaron bajar.

Se instalaron en casa de un pariente lejano y allí siguieron su vida.

Los niños crecieron, extendieron alas y echaron a volar. Teresa se deshilachó con cada despedida. No era abandono ni olvido. Era... la vida.

Las lágrimas de La Murciana se secaron en las mejillas cada vez que relataba las partidas. Se pasaba las manos arrugadas sobre su cabello cano y después de un suspiro, tragaba saliva y continuaba. Casi como en secreto confesó que, cuando extrañaba mucho aquí en Argentina, se hacía el mojete usando bacalao seco, luego de ponerlo en remojo por no encontrar ese pescado fresco.

Teresa me dejó los sabores y paisajes de su tierra, tatuados de emoción. La última vez que la vi, empujaba su silla de ruedas con mucho cuidado, una mujer canosa de baja estatura, en cuya mano regordeta, faltaba un dedo.

ÁMBAR